

Autor: Pbro. Rodrigo Tupper Altamirano  
Fecha: 31/05/2012  
País :Chile  
Ciudad: Santiago

## **El presbítero como ministro de la Palabra, de la Eucaristía, de la comunión eclesial y de la caridad**

### **Servidores de Jesús y con Jesús**

#### **Día de Santificación del Clero**

#### **Santuario de Schoenstatt**

**31 de mayo de 2012**

La Vicaría para el Clero ha tenido la bondad de pedirme una breve reflexión sobre “El presbítero como ministro de la Palabra, de la Eucaristía, de la Comunión Eclesial y de la Caridad”. Sólo el título propuesto constituye una meditación porque, es obvio, estas cuatro dimensiones conciliares del presbiterado no pueden tratarse de una vez. Por otra parte, me estimula el hecho providencial de que estemos reunidos justamente en la fiesta de la Visitación de la Virgen María a Santa Isabel, pues en este acontecimiento se dan con nitidez las cuatro dimensiones señaladas, unidas en torno al servicio, que es el espíritu de fondo que las anima. Es decir, el ser ministros, o sea, servidores de estas dimensiones de la misión presbiteral, a la cual consagramos nuestra vida.

#### 1. Somos los amigos de Jesús

Tenemos el enorme privilegio de haber sido elegidos por el Señor Jesús para estar con Él y para ser enviados por Él. Es una elección que ciertamente no se agota en nosotros pues, a pesar de ser hecha a los doce, es una elección que abarca a todos los miembros de la Iglesia que Jesucristo encabeza. Sin embargo, también es verdad que hay para los obispos, los presbíteros, los diáconos y los hermanos y hermanas de especial consagración, una invitación singular en su amistad y de profundizar en su servicio. Es el privilegio de los que han dejado casa, padre, madre, hijos y hermanos para servir a Jesús y para servir con Jesús. Un privilegio que por venir del Hijo hecho siervo de Dios, nos pone por debajo y no por arriba de los bautizados y de quienes, sin conocerlo, buscan a Dios, buscan al Señor. Podemos, entonces, decir con todas sus letras que tenemos el enorme privilegio de haber sido elegidos para servir como Jesús. ¿Habrá un servicio mayor y más hermoso en este mundo? Verdaderamente, no sólo por teología sino por mi experiencia personal, en estos veinte años de ministerio he aprendido que no hay otra mejor ni más fecunda.

Es muy impresionante ver como Jesús se pone por debajo de la humanidad y no teme ocupar el último lugar – el de los siervos – cuando se trata de amar y de salvar a todos los elegidos. Él se nos ofrece para ser comido, alimentándonos con el Pan de la Palabra y el Pan de la Vida. Ese es un auténtico privilegio. Es el privilegio de ser amigos y servidores del que llega hasta el extremo del amor, entregándonos su Espíritu, su vida, para que podamos vivir en comunión que es la condición esencial para que el mundo “crea”. Por lo tanto el Señor no nos deja solos en la elección: como buen amigo que nos pide estar con Él, nos da el ejemplo, permaneciendo con nosotros, con la fuerza de su Espíritu hasta el final de los tiempos. De esa manera nos capacita para que en nuestra condición de servidores podamos dar testimonio del amor entrañable de nuestro Dios.

En el don de la vida de Jesús se sintetiza, de una manera maravillosa, la Eucaristía, la Palabra, la

Caridad y la Comunión Trinitaria. No hay Palabra más plena de Jesús que el silencio de su desnudez en una Cruz, despojado de todo, por amor. No hay Eucaristía más plena que el momento en que El nos entrega su Cuerpo y derrama su Sangre para el perdón de los pecados. No hay acto de amor mayor que este de dar la vida por los que se ama. Y en medio de tan profunda donación y de tan doloroso abandono, cuando parece que este impresionante sacrificio no llevara a ninguna parte, emerge silenciosamente la mano del Padre que sostiene a su Hijo en la Cruz y el Espíritu que lo conforta en sus últimos momentos.

Esta presencia trinitaria transforma el árbol de la Cruz en Árbol de la Vida; el patíbulo tan temido, en el Trono de la Misericordia – “el tribunal de la gracia” - expresado en esa imagen tan conmovedora del Padre que sostiene con sus manos el travesaño que muestra los brazos abiertos de su Hijo Amado, clavados en el madero, dando su vida por la salvación del mundo. Es el don de la vida que bebemos en cada Eucaristía y que recibimos en el Perdón Sacramental. La Vida que se hace Unción de los Enfermos y Viático de los moribundos. ¡Es que Dios Padre jamás abandona a una hija o a un hijo caído, menos aún al Hijo Amado y a aquellos que El mismo le ha confiado por ser sus amigos y servidores!

## 2. Somos servidores de Jesús

Nuestro título de honor es, entonces, ser ministros-servidores de Jesús, sirviéndolo a El a lo largo de toda su existencia y en la hondura de todo su misterio. Nuevamente es El quien nos ha dado el ejemplo del amor preferencial. Así como El entra al mundo diciendo “he aquí, oh Dios, que vengo a hacer tu voluntad”, María, Madre y discípula, dirá “he aquí la esclava del Señor, hágase en mi según tu Palabra”. Esa es la respuesta que se espera de nosotros que gozamos de manera preferente su amistad. Es lo que decimos sacramentalmente el día de la ordenación: “sí quiero, con la gracia de Dios”.

Es oportuno recordarlo:

El Señor Jesús, nuestro amigo, nos preguntó y nos sigue preguntando a través de nuestro Obispo que es presencia real del Señor:

“¿ Quieres unírte cada día más estrechamente a Cristo, Sumo Sacerdote, que por nosotros se ofreció al Padre como Víctima Santa, y unidos a El ofrecerte a Dios para la salvación de la humanidad ?

¡Sí, quiero hacerlo, con la gracia de Dios!”.

Ahora bien, desde el mismo momento en que acogemos el enorme privilegio de ser los “amigos” de Jesús – para estar con El – empezamos a sentir el deseo de ser los “amigos” enviados para salir con El a anunciar su Palabra, a reunir en comunión a los que crean en su nombre, a través del Bautismo y la Eucaristía, y a amar como El nos ha amado, especialmente a los pobres, a los desvalidos, a los que no encuentran posada en este mundo.

De esta manera nos transformamos en ministros del Señor en dos planos: servimos al Señor que es la Palabra y servimos la Palabra del Señor en la mesa de la humanidad, para que sean muchos y ojalá todos, los que vengan a alimentarse del Pan que da la Vida eterna... Servimos al Señor que personifica la Eucaristía y nos hacemos servidores del Bautismo, del Perdón y de la Eucaristía en nombre del Señor. Servimos al Señor que es amor y nos hacemos diáconos del amor en medio del mundo.

Y precisamente por servirlo en medio de este mundo, especialmente los que somos sacerdotes seculares estamos llamados a tener simpatía por el mundo, por los tiempos que vivimos, por las búsquedas de la gente de este tiempo, así personalmente nos disgusten. En la medida en que somos servidores de

Jesús, no importan tanto nuestros gustos y opiniones, siempre respetables. Lo que importa es saber qué le gusta a El... Y no sólo lo que le gusta sino lo que está obrando ahora a través del Su Espíritu Santo: a El le gusta “sanar al que está enfermo, ser fuente del consuelo, gozo que enjuga las lágrimas, brisa en las horas de fuego y reconforta en los duelos”, como lo acabamos de cantar en Pentecostés.

### 3. La tentación del señorío, es decir, del anti ministerio

Sin embargo, es precisamente en el vértice de nuestra vida, en este hecho prodigioso de ser servidores del Señor y servidores en nombre del Señor, el momento y el lugar donde el espíritu del mal viene a imponer su propio señorío. Esto no es nuevo. Ya lo vivieron los apóstoles en esas interminables discusiones a lo largo del camino o al terminar la Última Cena, cuando querían saber quien se iba a sentar a la derecha y quien a la izquierda, o quien sería el mayor entre ellos. La respuesta siempre fue directa: el que quiera ser el mayor hágase el servidor de todos:

“Los reyes de los paganos los tienen sometidos  
y los que imponen su autoridad  
llevan el título de benefactores.  
Entre Uds., nada de eso:  
el más importante entre Uds.  
compórtese como si fuera el último  
y el que manda como el que sirve [...]  
pues yo estoy entre Uds. como el que sirve”

Y para no fijarnos sólo en los apóstoles, preguntémonos con la mano en el corazón:

¿No tenemos, a veces, la tentación de sentirnos superiores a los laicos? ¿No sentimos la tentación de ser autoritarios en vez de ejercer el servicio de la autoridad? ¿No sentimos la tentación de imponer nuestra visión de Iglesia? ¿No nos pasa, a veces, pensar que no tenemos más que aprender sobre teología, sobre liturgia, sobre la Escritura, sobre el servicio de caridad de la Iglesia? ¿No se da en algunos de nosotros la tentación de descuartizar el ministerio: es decir, yo sirvo la Palabra, yo sirvo la Eucaristía... la solidaridad y la justicia son cosas de los laicos? O al revés, lo que vale es lo social, lo de la espiritualidad es demasiado etéreo para mi...

Muchas veces se nos acusa de caer en estas tentaciones: de ser señores en vez de servidores, de ser impositivos en vez de propositivos, de sentir que la Iglesia le pertenece al clero y, a lo más, a los consagrados...

Estamos en el vértice, estamos en la clave: a Jesús sólo se le puede comprender desde la humildad, desde los últimos lugares, desde el lavado de los pies, incluso desde esta teología de rodillas, como dicen algunos. Es decir a El sólo se le puede comprender desde la forma en que El ha querido mostrarse a la humanidad... haciéndose siervo por amor. Por lo mismo, esta es la forma obligada de comprender el designio de Dios y la acción del Espíritu Santo que se opone radicalmente al mundo carnal, como nos enseña San Pablo, haciendo suyo ese himno de la primera comunidad, al cual antepone una breve exhortación:

“No hagan nada por ambición o vanagloria, antes, con humildad, estimen a los otros como superiores a Uds. mismos. Nadie busque su interés sino el de los demás. Tengan los mismos sentimientos de Cristo Jesús,  
quien a pesar de su condición divina,  
no hizo alarde de ser igual a Dios;  
sino que se vació de sí  
y tomó la condición de esclavo  
haciéndose semejante a los hombres.

Y mostrándose en figura humana, se humilló  
se hizo obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz.  
Por eso Dios lo exaltó,  
y le concedió un Nombre superior a todo nombre,  
para que ante el nombre de Jesús, toda rodilla se doble,  
en el cielo, la tierra y el abismo;  
y toda lengua confiese:  
¡Jesucristo es Señor!, para gloria de Dios Padre”.

Por eso, mientras la Iglesia, nuestra Iglesia, mi parroquia, mi comunidad, no se transforme en servidora de su hermano, de su hermana, de su barrio, de la ciudad, del mundo, perdemos literalmente el tiempo por nuestro antitestimonio, o pescaremos sólo con caña lo que puede pescarse con la red. Pues, como dice un antiguo adagio de autor desconocido: “El mundo es de quien lo ama y mejor sabe demostrárselo”

#### 4. La recuperación del servicio

En fin, para bien y para mal somos ciudadanos del mundo en que vivimos del que, siguiendo la Carta a Diogneto, estamos llamados a ser como el alma [de este mundo] por nuestra manera de vivir. Y si hay algo que escasea en la cultura de estos tiempos es el sentido del servicio. Incluso la palabra “servicio” se usa menos que antes cuando era un orgullo ser un “servidor público”, término que no se refería sólo al empleado que trabaja para el Estado sino también a políticos y magistrados. El término ha adquirido un sabor a “personal de servicio” para designar empleos menores o menos considerados por la opinión común, como que incluso en ciertos lugares públicos hay “baños de servicio” y “puertas de servicio” para que estos empleados menores puedan transitar...

En cambio, en el ámbito de la fe, pertenecer a la raza del Siervo de Yahvé es estar llamado a la vocación plena. Esa vocación de quien es capaz de asumir en su propia carne el dolor de la humanidad. Puede que la gente lo considere un fracasado, alguien castigado por Dios... y sin embargo, es el servidor que tiene su carne herida por las transgresiones de la humanidad. Esta es la forma creativa como El ha descubierto que se pueden transformar en gracia, en vida. Esa es la actitud que corresponde a un discípulo y seguidor de Jesús, el Siervo por excelencia que, con la calidad de su donación, ha demostrado ser el Verbo, La Palabra, creadora y salvadora. Ha demostrado también ser el que se pone a la Mesa para servir su propia vida en alimento. Y ha demostrado que es el camino para acoger la comunión trinitaria y gustarla en la comunión de la familia humana.

Tal vez, para potenciar esta actitud clave del “ministerio pastoral” sea necesario redescubrir el gozo de servir, la alegría de vivir como servidores, como ese que nos muestra y nos enseña Jesús al lavar los pies de los discípulos:

“Comprenden Uds. lo que acabo de hacer? Uds. me llaman maestro y Señor, y dicen bien. Pues bien, si yo que soy el Maestro y el Señor les he lavado los pies, también Uds. deben lavarse los pies unos a otros. Les he dado ejemplo para que hagan lo mismo que yo hice con Uds. Yo les aseguro que el sirviente no es más que su señor, ni el enviado más que quien lo envía. ¡Serán felices si, sabiendo estas cosas, Uds. las ponen en práctica”.

Siguiendo este mismo camino, la Conferencia de Aparecida nos exhorta recordando las palabras del Papa Paulo VI en *Evangelii Nuntiandi*:

“Conservemos, pues, el fervor espiritual. Conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas. Hagámoslo —como Juan el Bautista, como Pedro y Pablo, como los otros Apóstoles, como esa multitud de admirables evangelizadores que se han sucedido a lo largo de la historia de la Iglesia— con un ímpetu interior que nadie ni nada sea capaz de extinguir.

Sea ésta la mayor alegría de nuestras vidas entregadas. Y ojalá que el mundo actual —que busca a veces con angustia, a veces con esperanza— pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo, y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo”.

Por otra parte, si le preguntamos al pueblo de Dios por los presbíteros, a quienes ama y necesita, Aparecida nos responde con un texto que seguramente ya habremos meditado, pero que es conveniente recordar:

“El Pueblo de Dios siente la necesidad de presbíteros-discípulos: que tengan una profunda experiencia de Dios, configurados con el corazón del Buen Pastor, dóciles a las mociones del Espíritu, que se nutran de la Palabra de Dios, de la Eucaristía y de la oración;

de presbíteros-misioneros; movidos por la caridad pastoral: que los lleve a cuidar del rebaño a ellos confiados y a buscar a los más alejados predicando la Palabra de Dios, siempre en profunda comunión con su Obispo, los presbíteros, diáconos, religiosos, religiosas y laicos; de presbíteros-servidores de la vida: que estén atentos a las necesidades de los más pobres, comprometidos en la defensa de los derechos de los más débiles y promotores de la cultura de la solidaridad.

También de presbíteros llenos de misericordia, disponibles para administrar el sacramento de la reconciliación”.

La clave de este presbiterado discipular y misionero está precisamente en la donación servicial en que se experimenta el gozo de ser ministros del Señor: servidores de la Palabra, de la Eucaristía, de la Comunión, de la Caridad. No hay otro camino. Es una actitud que trae contrariedad. Nadie lo niega. Pero es el único camino original. Los caminos de los dominadores, de los altivos, de los abusadores, son caminos viejos, demasiado traqueteados como para ser capaz de levantar la mirada. Todos ellos miran para abajo, para la tierra, y ven a la gente como pobres infelices a quienes ellos y sólo ellos deben gobernar. En cambio, el camino del servicio inaugurado por Jesús nos hace mirar para arriba, ensanchando nuestros horizontes, el que mira hacia arriba descubre en la gente el rostro de los “patroncitos” que piden nuestro servicio. Esa actitud de quien mira hacia lo alto, refleja al hombre esperanzado, y la esperanza siempre trae consigo la alegría, la esperanza está embarazada de la alegría!!. Esta actitud nos hace estar atentos al don, y por cierto al don del Espíritu que nos conduce a la plenitud de vida en la resurrección para recibir de manos de Dios Padre el gozo que nada ni nadie nos podrá arrebatarnos .

##### 5. María, la servidora por excelencia

El día de hoy, lo decía, al comienzo, nos regala una mirada mariana de nuestro ministerio, de nuestro servicio. En esta escena destaca la Palabra, la de Isabel y la de María, verdaderas confesiones de fe que han pasado a ser oración permanente de la Iglesia. Isabel confiesa a María como “madre de mi Señor... bendita entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre” . María, por su parte, animada por alguien que logra atisbar su misterio, nos regala el Magníficat que nunca nos cansamos de rezar, sobre todo cuando cae la tarde del día . En ambas destaca la Caridad, el servicio: la joven Virgen de Nazaret que recorre más de 100 kilómetros para ir a acompañar a su prima anciana que por primera vez va a dar a luz en su vejez. Son tres meses de cariño, de cuidados mutuos, de oración agradecida.

La escena destaca de manera impresionante la comunión entre estas santas mujeres y el fruto bendito de cada vientre, que las habita, y culmina en esa oración eucarística, la más hermosa, en que María bendice a Dios por sus obras, por el cumplimiento de sus promesas, y por haber puesto su mirada en esta humilde servidora, madre, imagen y figura de la Nueva Humanidad, la de Jesús.

Si nos fijamos bien, son las cuatro dimensiones de nuestro servicio sacerdotal, las cuatro dimensiones de la verdadera Iglesia postconciliar, las dimensiones que fundan la vida de la humanidad, simplemente porque el servicio lo recibimos para el bien de los demás y no para nuestra propia edificación.

Una sociedad en que falte la Palabra, el sentido; en que se sofoque la gratitud, la bendición; en que se destruya la comunión y se pervierta el amor, es una sociedad que no tiene nada que ofrecer a sus habitantes.

Por eso, nuestro servicio ministerial realizado en Nombre de Jesús, nuestro amigo más cercano, y con el don femenino del espíritu Mariano, no sólo construye la Iglesia. Es un servicio que construye humanidad. Concluamos nuestra meditación con las palabras del ángel, diciendo juntos: Dios te salve, María...

**Rodrigo Tupper Altamirano, Pbro**

Vicario General y Moderador de la Curia

Arzobispado de Santiago